

esencia humana por parte de cada persona humana radica en la adquisición de los hábitos de la inteligencia y de las virtudes de la voluntad. A ello se añade un interesante estudio de la relación entre la esencia humana y la especie humana, asunto tan profundo como novedoso. El VIII versa sobre *Los tipos humanos*. Se atiende a la noción de tipo, a la distinción entre los dos tipos básicos, varón-mujer, y a los diferentes tipos sociales desde un punto de vista que supone una interesante aportación a la psicología y sociología.

En el capítulo IX Polo expone cuál es el método que considera adecuado para entender la esencia humana, el *método sistémico*, ofreciendo un buen complemento a otras exposiciones, como las de *¿Quién es el hombre?* y la *Introducción* a su libro *Antropología de la acción directiva*. Por último, en el Xº capítulo se intenta dar razón de cómo se alcanza a conocer el acto de ser personal. Tras llevarlo a cabo y describir algunos rasgos distintivos de la trascendentalidad de la persona humana —libertad, conocer y amar donal—, se caracteriza la esencia humana desde el acto de ser personal como disponer.

Se trata de un escrito que, por una parte, expone con mayor brevedad y sencillez la temática que Polo desarrolla en su libro *Antropología trascendental*, II. *La esencia de la persona humana*, y, por otra, explica asuntos novedosos omitidos en aquella publicación, tales como el de la relación entre la esencia humana y la especie humana o el de los tipos humanos.

José Ignacio Murillo

Leonardo Polo, *Ayudar a crecer. Cuestiones filosóficas de la educación. Estudio introductorio. Leonardo Polo: pensar la educación* (Francisco Altarejos)

Eunsa, Pamplona, Colección Astrolabio, 2006.

“Ayudar a crecer”. En esta sencilla frase se condensa todo un quehacer educativo al que le precede una nítida percepción de quién es el sujeto de la educación: la persona. Es decir, un bagaje antropológico que si no está donostado sí muy mermado en los teóricos de la educación. Baste acudir a la amplia bibliografía que hay sobre esta temática para observar la carencia existente de una adecuada comprensión de quién es y qué es la persona, y el tímido acercamiento a esta cuestión sin acabar de lograrlo.

“Tenemos que empezar por lo radical, afirma Polo. Es propio del filósofo considerar a fondo las cuestiones. En Filosofía de la educación, lo primero que hay que exponer es el significado humano de la educación, es decir, las razones por las que el hombre es susceptible de educación, esto es, porqué no hay sólo enseñanza sino formación, es decir, ayuda al ser humano” (p. 41). De entrada, la cuestión es nítida: es preciso recuperar el sentido de la educación para aprender eficazmente a ayudar a crecer.

¿Por qué es insistencia en abordar el sentido de la educación? ¿Se aporta alguna novedad al respecto que no haya sido formulada ya? A mi modo de ver, encuentro en esa exposición una novedad radical por la que habitualmente se pasa de puntillas, cuando no se la cercena con alguna pretensión que, obviamente, no es educativa. Me refiero a la vinculación que se establece expresamente entre educación y vida familiar. Dicha vinculación queda reflejada en la presentación cuando se afirma con nitidez que “en cuanto a la oportunidad de este estudio —centrado en el plano familiar—, esa pertinencia salta a la vista, no sólo por la crisis mundial que atraviesa la familia y la deficiencia educativa imperante, lo cual exige tratamientos no parciales o reductivos; sino también por lo nuclear y profundo de estos temas, tan humanos como intrínsecamente conexos entre sí” (p. 11).

No es frecuente abordar la educación desde esta perspectiva, que, de otra parte, resulta ser la más radical en la medida en que es la familia el ámbito propio y genuino de la educación permanente de los hijos por ser precisamente su origen. Y así, la educación en el ámbito familiar es vista como prolongación natural de la generación y nutrición, ya que “todas las cosas tienden naturalmente a llevar sus efectos a la perfección”¹. Parece obvio que si el cuidado en alimentar a los hijos es una consecuencia de engendrarlos, los sucesivos bienes que han de adquirir han de llevar a los padres a la solicitud por educarlos. Desde esta perspectiva la educación no es sólo un derecho, sino un deber prioritario y esencial de la familia. Un derecho porque la educación es característica de la paternidad y de la maternidad, distintas entre sí pero integradas en el matrimonio. Y un deber por la solicitud —dedicación solícita— hacia los hijos que conlleva ser padre y madre.

Este destacar la realidad familiar para entender cabalmente la educación, conlleva poner énfasis en dos ideas que van a recorrer todo el libro:

- La persona como hijo destacando su carácter de indigencia.

1. *S. Th.* III, q. 41, a. 1, ad 1.

— El hombre un ser de proyectos porque él es un proyecto. El afianzamiento y desarrollo de ese proyecto pasa necesariamente por la familia y una buena educación.

Estas dos ideas nucleares, permiten una certera visión acerca de cuáles son los problemas reales y dónde radica la crisis de la educación. Efectivamente, la actual crisis familiar y la negativa, que se da hoy día, del hombre en no querer ser hijo, buscando un ideal de autonomía inalcanzable, constituyen algunas de las claves para entender el fracaso educativo. Por encima de los procesos, hay una realidad superior que vincula el éxito educativo y da sentido a los mismos procesos: sin el carácter indigente de la persona como hijo, la educación difícilmente ayudará a crecer, pues “ser hijo significa que uno necesita ser ayudado, educado” (p. 48). Más bien hay que hablar de una educación que centra en el principio del resultado, en la eficacia y en la eficiencia del proceso, el éxito no logrado y su finalidad.

Hay de trasfondo una invitación a pensar la educación. La perspectiva antropológica que acompaña ese pararse a pensar, incide en aspectos básicos y esenciales de la educación, plagados de un neto realismo: el hombre, un ser que crece, es también un ser débil. Es preciso poner énfasis en ambos elementos. De este modo, la propuesta que subyace de fondo es el principio de solidaridad, cuya óptica permite entender la educación de modo bien distinto al principio del resultado. En otras palabras, es el modo como puede entenderse la educación como enseñanza y formación.

“Darse cuenta o no de que se es hijo no es indiferente” (p. 44). Más bien habría que decir que es una cuestión dirimente para entender la educación. La rebeldía a no querer aceptar ser hijo, tiene sus lógicas consecuencias. El principio que inspira gran parte de la educación actual es justamente el apriorismo de que el hombre no nace sino que se hace. El ideal de autonomía preside los procesos educativos y la socialización es el modo en que se concibe la educación.

Esta realidad de la filiación, simple y sencilla pero verdaderamente profunda, inspira el genuino sentido de la educación: ayudar a crecer. Aquello que da sentido a la educación desde el educando, buscando en la ayuda el modo más apropiado de crecer y desarrollarse. Pero también da sentido a la educación desde quien educa, otorgando a esa profesión un sentido de ayuda y asistencia que permite descubrir el genuino sentido del *ethos* profesional docente.

Como señala Francisco Altarejos, en su excelente estudio introductorio, nos encontramos con “una propuesta para mejorar la educación, pero no una más entre otras: es una propuesta singularmente única, porque no sugiere

hacer esto o aquello en educación; sólo invita a pararse a pensar la educación; y si se sugieren algunas y precisas acciones pedagógicas, sólo tienen el objetivo de ayudar a pensar la educación” (p. 14), desde la perspectiva de la filiación en su marco originario que es la realidad familiar.

En una sociedad donde los profundos cambios inciden en cambiar la naturaleza de las cosas, la honda convicción del carácter permanente que conlleva ser persona, ofrece una espléndida ocasión para entender más cabalmente la educación en una sociedad global. No cabe duda de que los medios que se ofrecen hoy día, junto a las posibilidades que ofrecen esos medios, merece la pena no desaprovecharlos. En este sentido, no perder de vista la realidad originaria del ser humano en el ámbito familiar y su carácter de filiación, constituyen la mejor forma de aprovechar las oportunidades que nos ofrece la sociedad global. Entender la educación en su sentido más genuino como ayudar a crecer dentro del inmenso mar de posibilidades.

Alfredo Rodríguez Sedano

Leonardo Polo, *Curso de teoría del conocimiento, II*

Eunsa, Pamplona, 4ª edición, 2006.

Acaba de salir la cuarta edición del tomo II del *Curso de teoría del conocimiento* de Leonardo Polo. Esta cuarta edición, once años después de la primera, es indicativa de que este segundo tomo es, posiblemente, la parte de la teoría del conocimiento poliana más difundida y, seguramente, porque es la más asequible.

Globalmente trata del comienzo de la vida intelectual del hombre: de la operación incoativa de la inteligencia, la abstracción o la conciencia. En el tomo I de este curso, Polo había formulado su axiomática del conocimiento intelectual, examinado el conocimiento sensible. En el posterior tomo III, estudiará la operación intelectual de negar, reflexionar o generalizar. Y en el tomo IV y último, la operación racional; la razón como operación que se ejerce por fases: concepto, juicio y fundamentación.

Desde el punto de vista de una analítica de las operaciones intelectuales, la división del curso es, pues, clara: en este tomo II se estudia la inicial, y en los dos siguientes las que Polo llama prosectivas. Pero lo más poliano es señalar que las operaciones no son los únicos actos cognoscitivos; a ellas deben añadirse los hábitos intelectuales, a los que se asocia el método del abandono del límite mental que Polo ha propuesto para la filosofía.